

Un desafío para los socialistas

CLDOMIRO ALMEYDA MEDINA

Atravesamos, en estos últimos decenios del siglo XX, por una etapa profundamente conservadora, en lo político y en lo espiritual, en la que las fuerzas retardatarias que se empeñan por sostener el orden establecido, han tomado la ofensiva ideológica, intentando desprestigiar, no sin éxito, a los movimientos de izquierda, motejando a sus ideas y valores de arcaicos y fracasados.

¿Cuáles son las causas que han hecho posible esta nueva restauración, este periodo de reflujo político, traducido en este sofocante clima de esterilidad ideológica que abruma a la sociedad contemporánea?

Ha contribuido a configurar este cuadro el fracaso histórico de las experiencias sociopolíticas del llamado "socialismo real". Estas ambiciosas empresas habían encendido las esperanzas durante la primera mitad del siglo de centenas de millones de hombres, que, creían que, a través del forado abierto por la Revolución de Octubre en el mundo capitalista, el género humano podía avanzar hacia modalidades superiores y justicieras de convivencia colectiva.

Este colapso y la forma súbita y estrepitosa con que se manifestó, anonadaron las conciencias de los hombres de izquierda. No es del caso referirse aquí circunstancialmente al porqué del colapso de estos ensayos socialistas. Bástenos dejar constancia de que éstos se llevan a cabo en escenarios caracterizados por el retraso económico y cultural y en condiciones de un cerrado aislamiento en el seno de un mundo cada vez más internacionalizado.

Paralelamente a este colapso del llamado "socialismo real", la conciencia del hombre de izquierda en las postrimerias de este siglo, fue duramente golpeada por otro hecho de no menor envergadura. El régimen capitalista imperante en la mayor parte del mundo, lejos de haberse debilitado luego de la Segunda Guerra Mundial y de haberse precipitado en crecientes crisis estructurales, como lo anunciaban sus agoreros, demostró una sorprendente capacidad de adaptación a las nuevas circunstancias y una no menos admirable aptitud para aprovecharse rápidamente de los avances de la revolución científico-técnica, lo que le permitió incrementar a ritmos insospechados la productividad del trabajo. Se desvaneció así otra de las creencias mitológicas del socialismo tradicional: su fe en la necesaria y cada vez más próxima crisis terminal del capitalismo.

Y, como si esto fuera poco, el llamado socialismo democrático europeo, artífice del Estado benefactor, que logró hacer compartir por las clases trabajadoras, los frutos del incremento de la productividad del trabajo, entró en los años 70 en un periodo de agotamiento de sus potencialidades.

En América Latina, casi coetáneamente con el agotamiento de las virtualidades del modelo socialdemócrata en el Viejo Mundo, se produjo también la pérdida de las potencialidades progresivas del modelo desarrollista "cepaliano", teñido de un fuerte matiz populista. En todos los países en que se llevó a la práctica ese modelo, también llamado de desarrollo "hacia adentro", se desató durante los años 60 y 70 una violenta e incontrolable inflación, con sus secuelas de desorden social y de anarquía política. En la mayoría de los casos esa crisis del desarrollismo populista desembocó en dictaduras militares contrarrevolucionarias, como respuesta al temor a una revolución social y al desorden caótico en que se sumieron los países víctimas de esas desafortunadas políticas. Esta serie de desilusionantes experiencias a nivel planetario y subcontinental, dejó a la izquierda latinoamericana desconcertada y sin proyecto.

Sin embargo, del análisis crítico de estas frustraciones que han impactado la conciencia de la izquierda, pueden extraerse ya algunas promisorias enseñanzas.

Desde luego, hay que destacar que la empresa de construir sociedades socialistas a corto plazo —en países pobres e insuficientemente desarrollados y en un marco de aislamiento del resto del mundo—, ha demostrado ser inviable, por cuanto degenera en regímenes represivos y burocráticos, a la larga cada vez más ineficientes y conservadores.

La práctica ha demostrado que para querer construir esa sociedad justa y libre, racional y democrática, a la que llamamos socialis-

ta, hay que tener paciencia y perseverancia, porque ello es una empresa larga y dilatada y la vez, es una tarea mucho más compleja ya difícil de como se la imaginaba. Esa misma práctica ha demostrado que el Estado no puede suplir todas las carencias de las condiciones necesarias para que el socialismo pueda sustituir al capitalismo, y si el Estado llega a asumir todas las tareas no cumplidas por el capitalismo en cuanto al desarrollo de las fuerzas productivas y a la modernización de la sociedad, a lo que ello conduce es a la gestación de un gigantesco aparato estatal, pesado e ineficiente, costoso y burocratizado, que pasado un tiempo se muestra incapaz de promover el progreso de las sociedades.

La nueva izquierda, aquella que se reconoce en la milenaria lucha de los pueblos por la libertad y la justicia y que se renueva en cuanto asume lo inédito de la siempre cambiante realidad, debe en nuestro entender levantar



una propuesta fundamentada en un conjunto de afirmaciones que, por una parte, reafirmen su carácter testatario frente a la realidad actual y reiteren su propósito de transformarla.

En un provisional intento, identificamos a continuación un elenco de ideas que a nuestro juicio constituyen las vigas maestras de una propuesta alternativa de una nueva izquierda:

- El socialismo continúa estando plenamente vigente como única respuesta válida para resolver los problemas de la sociedad contemporánea insolubles en los marcos del capitalismo. No es efectivo, por tanto, que el capitalismo sea el régimen económico-social mejor de los posibles ni el que más se aviene a la condición humana. Los hechos demuestran que la actual sociedad capitalista ha generado una serie de contradicciones y puesto de manifiesto un conjunto de limitaciones, insuperables dentro de sus propios límites. La creciente brecha entre el mundo desarrollado y el Tercer Mundo, cada vez más poblado y empobrecido; los bolsones de marginación y miseria en los países avanzados que alcanza a una tercera parte de su población; el consumismo irracional y desenfrenado que malgasta el fruto del progreso económico y técnico y lo destinan a finalidades superfluas; el deterioro del "entorno natural del hombre que pone en peligro la subsistencia de la civilización humana y la gran contradicción entre el poderío material de la humanidad contemporánea y su pobreza espiritual, son entre otras irracionalidades, manifestaciones de las crisis del orden social imperante.

La única respuesta válida para resolver las aludidas contradicciones, pasa por superar progresivamente sus límites estructurales, que dan origen a la injusticia y la irracionalidad prevalecientes todavía en el mundo

de hoy. Esto significa ir erradicando las explotaciones, desigualdades, marginaciones y represiones que agobian a la sociedad contemporánea. Y esa respuesta tiene un nombre: socialismo.

- La planificación progresiva de la actividad social y en especial de la económica, que se va haciendo cada vez más viable en la medida que asciende el nivel cultural, científico, tecnológico y productivo de la humanidad, no es incompatible con su articulación en el libre mercado donde la iniciativa privada desempeña un papel creativo e impulsor del progreso económico en el cuadro de un plan general de desarrollo nacional. Pero no es efectivo que el mercado sea el único y principal instrumento para una asignación nacional de recursos y que una sociedad libremercadista sea condición imprescindible para que pueda manifestarse la creatividad humana, porque el libre mercado deter-

mina que lo que se produce es lo requerido por la demanda efectiva, y no refleja las necesidades reales de los hombres, sino la capacidad adquisitiva de los dueños del dinero. Y, además, porque el libre juego de las leyes del mercado conduce necesariamente a generar desigualdades e injusticias de todo tipo. La llamada libre competencia siempre favorece al más fuerte, acumulando la riqueza, el saber, la salud, el prestigio y el bienestar en un lado de la sociedad, y la pobreza, la ignorancia, la

Hay que destacar que la empresa de construir sociedades socialistas a corto plazo —en países pobres e insuficientemente desarrollados y en un marco de aislamiento del resto del mundo—, ha demostrado ser inviable, por cuanto degenera en regímenes represivos y burocráticos, a la larga cada vez más ineficientes y conservadores.

enfermedad, los desvalores y las privaciones en el otro.

No es efectivo tampoco que la planificación sea un instrumento intrínsecamente perverso como orientador de las economías, como lo sostienen los neoliberales y quienes han devenido en discípulos suyos, aunque no se den cuenta de ello.

- El Estado y las demás instituciones públicas, en cuanto representan los intereses colectivos y los valores humanistas hacia cuya realización hay que esforzarse por conducir a la sociedad, desempeñan y deben continuar desempeñando un papel decisivo en la promoción del bien común, hasta que el desarrollo económico, tecnológico y ético de la sociedad alcance un nivel tan elevado que vaya haciendo posible el autogobierno democrático de la comunidad y vaya desapareciendo el carácter autoritario de las entidades públicas.

No es efectivo, por tanto, que el Estado deba en la sociedad cumplir sólo un papel subsidiario de la actividad privada.

Desde luego, porque al Estado compete fijar las metas estratégicas que debe alcanzar la actividad económica en función del mejoramiento de la calidad de vida de todos los hombres. Y porque al Estado conviene también la tarea de orientar por medios

directos e indirectos a la actividad social, a fin de que ésta converja hacia el logro de los grandes valores humanistas del socialismo: la justicia y la libertad.

El Estado, para acometer su trascendente rol, debe ser fuerte y legitimado por el apoyo popular, lo que no quiere decir que sea autocrático, ni populista.

Por otra parte, en un mundo crecientemente internacionalizado, en el que los pueblos y naciones más débiles corren el peligro de que su soberanía, su cultura y sus intereses nacionales se diluyan en una trama universal dominada por los poderosos, el Estado debe ser también el sujeto en quien encarnen la autonomía, la cultura y los intereses de las diferentes naciones. Esto es particularmente válido para América Latina, amenazada por la influencia polifacética que ejerce sobre ella su gran vecino del Norte, que tiende a debilitar y desvanecer la sustancia política y cultural de nuestro ser nacional latinoamericano.

En esta perspectiva, no puede sostenerse que el Estado deba ser valóricamente neutral. Por lo mismo que se reconoce que el Estado debe regular y corregir desequilibrios, sólo puede hacerlo si está inspirado en su accionar por ciertos valores.

- El partido político es el medio privilegiado a través del cual se producen y se hacen presentes en sociedad las demandas políticas y programáticas de los movimientos populares y para hacerlas gravitar en la sociedad civil y en el Estado. No es efectivo, por tanto, que el partido político, como institución, esté quedando obsoleto, y deba limitarse solamente a trasladar las demandas que surgen espontáneamente de la sociedad civil al sistema político.

Si lo que se quisiera fuera sólo reproducir el orden social existente, el partido político no tendría mayor relevancia y su rol debería reducirse a procesar demandas sectoriales reivindicativas, tal como lo hacen los grupos de presión.

Pero si lo que se quiere es influir en la sociedad civil y en el Estado a fin de lograr determinados cambios, el papel del partido político es fundamental. Al partido de izquierda le corresponde recoger las aspiraciones que brotan de la sociedad para transformarlas en función de los intereses globales, en una demanda política de cambio estructural.

En una sociedad abierta y crecientemente democrática, el partido debe ser cada vez más agente productor y difusor de proyectos políticos y cada vez menos una entidad clientelista con tendencia a convertirse en un fin en sí mismo que busca el poder por el poder, como lamentablemente ocurre a menudo hoy en día.

- En el mundo en general, y en América Latina en particular, los estados nacionales que heredamos del pasado van deviniendo cada vez más en estructuras obsoletas, que no dan cuenta del proceso internacionalizador en todos los ámbitos del acontecer humano ni de la exigencia de una perspectiva universalista para enfrentar los problemas ecológicos de la humanidad y el óptimo aprovechamiento de sus recursos de toda índole.

La tarea de favorecer el proceso de integración latinoamericana y de conformación de un nuevo sujeto político, que exprese los intereses y refleje la realidad del conjunto del subcontinente, debe también ser un rasgo distintivo de la respuesta con que la nueva izquierda latinoamericana enfrente a los desafíos de la contemporaneidad.

- En las condiciones creadas por el fin de la guerra fría, y pese a la tendencia de los Estados Unidos a monopolizar el poder mundial, el desarrollo general de la humanidad coloca cada vez más a la orden del día la necesidad de luchar por la racionalización de las relaciones internacionales, por un nuevo y más justo orden mundial, en una perspectiva humanista y universal. No es efectivo que el ideal de un mundo de paz, sin guerras, solidario y unido, que pueda racionalmente disponer en beneficio humano de los recursos del planeta, sea una utopía trashedada y carente de viabilidad.

Clodomiro Almeyda Medina es dirigente socialista y ex canciller.